

LAS PALABRAS CAUTIVAS (PREFACIO A UN DICCIONARIO SITUACIONISTA)
Mustapha KHAYATI

(trad. Juan Pedro García del Campo)

Las trivialidades, por lo que ocultan, trabajan para la organización dominante de la vida. Una de ellas es decir que el lenguaje no es dialéctico, para inmediatamente prohibir el uso de toda dialéctica. Ahora bien, nada está más manifiestamente sometido a la dialéctica que el lenguaje, en tanto que realidad viva. Así, toda crítica del viejo mundo ha sido hecha con el lenguaje de ese mundo y sin embargo contra él, por lo tanto, en un lenguaje *otro*. Toda teoría revolucionaria ha debido inventar sus propias palabras, destruir el sentido dominante de las otras palabras y aportar nuevas posiciones en el “mundo de las significaciones” correspondiente a la nueva realidad en gestación, y que se trata de liberar del fárrago dominante. Las mismas razones que impiden a nuestros adversarios (los amos del Diccionario) fijar el lenguaje, nos permiten hoy afirmar posiciones otras, negadoras del sentido existente. Sin embargo, sabemos de antemano que esas mismas razones no nos permiten de ningún modo pretender una certidumbre establecida definitivamente; una definición es siempre abierta, nunca definitiva; las nuestras valen históricamente, para un período dado, ligado a una praxis histórica precisa.

Es imposible liberarse de un mundo sin liberarse del lenguaje que lo oculta y lo garantiza, sin poner al desnudo su verdad. Como el poder es la mentira permanente y la “verdad social”, el lenguaje es su garantía permanente, y el Diccionario su referencia universal. Toda praxis revolucionaria ha sentido la necesidad de un nuevo campo semántico, y de afirmar una nueva verdad; desde los Enciclopedistas hasta la “crítica del lenguaje de palo” estaliniano (por los intelectuales polacos en 1956), esta exigencia no deja de ser afirmada. *El lenguaje es la morada del poder*, el refugio de su violencia policial. Todo diálogo con el poder es violencia, soportada o provocada. Cuando el poder economiza el uso de sus armas, es al lenguaje a quien confía el cuidado de guardar el orden opresor. Más aún, la conjugación de ambos es la expresión más natural de todo poder.

Pasar de las palabras a las ideas es solo un paso; siempre franqueado por el poder y sus pensadores. Todas las teorías del lenguaje, desde el misticismo débil del ser hasta la suprema racionalidad (opresiva) de la máquina cibernética, pertenecen a un solo y mismo mundo, el del discurso del poder, considerado como único mundo de referencia posible, como la mediación universal. Como el Dios cristiano es la mediación necesaria entre dos conciencias y entre la conciencia y sí mismo, el discurso del poder se instala en el corazón de toda comunicación, se convierte en la mediación necesaria entre sí y sí mismo. De este modo consigue atrapar la contestación, situándola de antemano en su propio terreno, controlándola, diluyéndola, desde el interior. La crítica del lenguaje dominante, su *détournement*, va a ser la práctica permanente de la nueva teoría revolucionaria.

Puesto que todo sentido nuevo es llamado *contrasentido* por las *autoridades*, los situacionistas van a instaurar la legitimidad del contrasentido, y a denunciar la impostura del sentido garantizado y dado por el poder. Puesto que el diccionario es el guardián del sentido *existente*, nos proponemos destruirlo sistemáticamente. La *sustitución* del diccionario, del amo del hablar (y del pensar) de todo el lenguaje

heredado y domesticado, encontrará su expresión adecuada en la disolución revolucionaria del lenguaje, en el *détournement*, ampliamente practicado por Marx, sistematizado por Lautréamont, y que la I. S. pone a disposición de todo el mundo.

El *détournement*, que Lautréamont llamaba plagio, confirma la tesis, afirmada desde hace mucho tiempo por el arte moderno, de la insumisión de las palabras, de la imposibilidad para el poder de *recuperar totalmente* los sentidos creados, de fijar de una vez por todas el sentido existente, esto es, la imposibilidad objetiva de una “nueva-lengua”. La nueva teoría revolucionaria no puede avanzar sin una redefinición de los principales conceptos que la sostienen. “Las ideas se mejoran, dice Lautréamont, el sentido de las palabras participa en ello. El plagio es necesario: el progreso lo implica. Sigue de cerca la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, elimina una idea falsa, la sustituye por una idea justa”. Para salvar el pensamiento de Marx, hay siempre que precisarlo, corregirlo, reformularlo a la luz de cien años de fortalecimiento de la alienación y de las posibilidades de su negación. Marx necesita ser *détourné* por los que continúan esta línea histórica, y no ser citado de manera imbécil por las mil variedades de recuperadores. Por otra parte, el mismo pensamiento del poder se convierte en nuestras manos en un arma contra sí mismo. Desde su advenimiento, la burguesía triunfante ha soñado con una lengua universal que los cibernéticos intentan hoy realizar electrónicamente. Descartes soñaba con una lengua (ancestro de la nueva-lengua) en la que los pensamientos se siguieran, como los números, con un rigor matemático: la “*mathesis universalis*” o la perennidad de las categorías burguesas. Los Enciclopedistas que soñaban (bajo el poder feudal) con “definiciones tan rigurosas que la tiranía no podría acomodarse a ellas”, preparaban la eternidad del futuro poder, como *ultima ratio*¹ del mundo, de la historia.

La insumisión de las palabras, de Rimbaud a los surrealistas, ha revelado, en una fase experimental, que la crítica teórica del mundo del poder es inseparable de una práctica que le destruya; la recuperación por el poder de todo el arte moderno y su transformación en categorías opresivas de su espectáculo reinante, constituye la triste confirmación. “Lo que no destruye al poder, es destruido por el poder”. Los Dadaístas han sido los primeros en notificar a las palabras su desconfianza, inseparable de una voluntad de “cambiar la vida”. Con Sade, han afirmado el derecho a *decir todo* a liberar las palabras y “reemplazar la alquimia del verbo por una verdadera química” (Breton). *La inocencia* de las palabras, sin embargo, es conscientemente denunciada, y el lenguaje es señalado como “la peor de las convenciones” que hay que destruir, desmitificar, liberar. Los contemporáneos de Dada no han dejado de subrayar su voluntad de destruirlo todo (“empresa de demolición” se inquietaba Gide), el peligro que representaba para el sentido dominante. Con Dada, llegó a ser un absurdo creer que una palabra está encadenada para siempre a una idea: Dada ha realizado todas las posibilidades del *decir*, y ha cerrado para siempre la puerta del arte como especialidad. Ha planteado definitivamente el problema de la realización del arte. El surrealismo sólo tiene valor en tanto que prolongación de esta exigencia; es una *reacción* en sus realizaciones literarias. Pero la realización del arte, la poesía (en el sentido situacionista) significa que no es posible realizarse en una “obra” sino, por contra, realizarse sin más. El “decir todo” inaugurado por Sade implicaba ya la abolición del ámbito de la literatura superada (en el que sólo lo que es literario puede ser dicho). Sólo esta abolición, conscientemente afirmada por los Dadaístas, tras Rimbaud y Lautréamont, no era una

1. “*Ultima ratio*”: razón última (n. de t.).

superación. No hay superación sin realización, y no se puede superar el arte sin realizarlo. En la práctica, ni siquiera ha habido abolición, porque después de Joyce, Duchamp y Dada, continúa pululando una nueva literatura espectacular. El *decir todo* no puede existir sin la libertad de hacer todo. Dada tenía una posibilidad de realización en *Spartakus*, en la práctica revolucionaria del proletariado alemán. El fracaso de éste, hacía el suyo inevitable. En las escuelas artísticas ulteriores (sin excluir a casi la totalidad de sus protagonistas) se ha convertido en expresión literaria de la nada del hacer poético, en el arte de expresar la nada de la libertad cotidiana. La última expresión de este arte del “decir todo” privado del hacer es la página en blanco... La poesía moderna (experimental, permutacional, espacialista, surrealista o neodadaísta) es lo contrario de la poesía, el proyecto artístico recuperado por el poder. Abole la poesía sin realizarla; vive de su autodestrucción permanente. “¿Para qué salvar la lengua - reconoce miserablemente Max Bense - cuando ya no hay nada que decir?”, ¡confesión de especialista! Psitacismo o mutismo, es la única alternativa de los especialistas de la permutación. El pensamiento y el arte modernos garantizados por el poder, y garantizándolo, se mueven pues en eso que Hegel llamaba “el lenguaje de la adulación”. Todos contribuyen al elogio del poder y de sus productos, perfeccionan la reificación y la trivializan. Afirmando que “la realidad consiste en lenguaje”, o que el lenguaje “sólo puede ser considerado en sí mismo y por sí mismo”, los especialistas del lenguaje se pronuncian por el “lenguaje-objeto”, por las “palabras-cosas”, y se deleitan con el elogio de su propia reificación. El modelo de la cosa se hace dominante, y la mercancía, una vez más, encuentra su realización, sus poetas. La teoría del Estado, de la economía, del derecho, de la filosofía, del arte, todo tiene ahora ese carácter de precaución apologetica.

Allí donde el poder separado reemplaza la acción autónoma de las masas, allí por tanto donde la burocracia se apodera de la dirección de todos los aspectos de la vida social, asedia al lenguaje y reduce su poesía a la vulgar prosa de su información. Se apropia privadamente el lenguaje, como todo el resto, y lo impone a las masas. El lenguaje entonces comunica sus mensajes y contiene sus pensamientos; es el soporte material de su ideología. Que el lenguaje sea ante todo un medio de comunicación entre los hombres, la burocracia lo ignora. Puesto que toda comunicación pasa por ella, los hombres no tienen ya ni siquiera necesidad de hablarse: deben ante todo asumir su papel de *receptor*, en la red de comunicación informacionista a la que es reducida toda la sociedad, receptores de órdenes.

El modo de existencia de ese lenguaje es la burocracia, su devenir es la burocratización. El orden bolchevique aislado del fracaso de la revolución soviética ha impuesto una serie de expresiones más o menos mágicas, impersonales, a imagen de la burocracia en el poder. “Politburó”, “Komintern”, “Cavarmée”, “Agitprop”, son otros tantos nombres misteriosos de organizaciones especializadas, realmente misteriosas, que se mueven en la nebulosa esfera del Estado (o la dirección del partido) sin relación con las masas, si no es para instituir y reforzar la dominación. El lenguaje colonizado por la burocracia se reduce a una serie de fórmulas sin matices ni inflexiones en el que los mismos nombres son siempre acompañados por los mismos adjetivos y participios; el nombre los gobierna y, cada vez que aparece, van automáticamente a continuación en el lugar oportuno. Este “marcar el paso” de las palabras traduce una militarización más profunda de toda la sociedad, su división en dos categorías principales: la clase de los dirigentes y la gran masa de los ejecutantes. Pero esas mismas palabras están llamadas a jugar otros papeles; están penetradas del poder mágico de sostener la realidad opresiva y de encubrirla, y de presentarla como la verdad, la única verdad posible. Así, ya no se es “trotskista”, sino “hitlero-trotskista”, ya no hay marxismo, sino “el marxismo-

leninismo”, y la oposición es automáticamente “reaccionaria” en el “régimen soviético”. La rigidez con la que se sacralizan las fórmulas rituales tiene por objetivo preservar la pureza de esta “substancia” frente a los hechos que aparentemente la contradicen. El lenguaje de los amos es entonces todo, y la realidad nada o, todo lo más, el caparazón de ese lenguaje. La gente debe, en sus actos, en sus pensamientos y en sus sentimientos, hacer como si su Estado fuera esta razón, esta justicia, esta libertad proclamadas por la ideología; el ritual (y la policía) están ahí para hacer observar ese comportamiento (cf. Marcuse, *Marxismo soviético*).

La decadencia del pensamiento radical acrecienta considerablemente el poder de las palabras, las palabras del poder. “El poder no crea nada, recupera” (cf. *I.S.*, 8). Las palabras forjadas por la crítica revolucionaria son como las armas de los partisanos abandonadas en el campo de batalla: pasan a la contra-revolución; y como los prisioneros de guerra, son sometidas a trabajos forzados. Nuestros enemigos más inmediatos son los portadores de la falsa crítica, sus funcionarios oficiales. El divorcio entre la teoría y la práctica proporciona la base central de la recuperación, de la petrificación de la teoría revolucionaria en forma de ideología, que transforma las exigencias prácticas reales (cuyos indicios de realización existen ya en la sociedad actual) en sistemas de ideas, en exigencias de la razón. Las ideologías de todo tipo, perros guardianes del espectáculo dominante, son las ejecutoras de esta tarea; y los conceptos más corrosivos son entonces vaciados de su contenido, reenviados a la circulación, al servicio de la alienación conservada: el dadaísmo al revés. Se convierten en *slogans* publicitarios (cf. El reciente prospecto del “Club Mediterráneo”). Los conceptos de la crítica radical corren la misma suerte que el proletariado; se les priva de su historia, se les separa de sus raíces: son buenos para las máquinas pensantes del poder.

Nuestro proyecto de liberación de las palabras es históricamente comparable a la empresa Enciclopedista. Al lenguaje del “desgarramiento” de la *Aufklärung* (para continuar la imagen hegeliana), le faltaba la dimensión histórica consciente; aunque parezca imposible, era la crítica del viejo mundo feudal decrepito lo que iba a salir de ella: ninguno de los Enciclopedistas era republicano. Su proyecto expresaba más que nada el propio desgarramiento de los pensadores burgueses; el nuestro apunta ante todo a la práctica que desgarrar el mundo, empezando por desgarrar los velos que lo ocultan. Mientras que los Enciclopedistas buscaban la enumeración cuantitativa, la descripción entusiasta de un mundo de objetos en el que se despliega la victoria ya presente de la burguesía y de la mercancía, nuestro diccionario traduce lo *cualitativo* y la victoria posible aún ausente, lo reprimido de la historia moderna (el Proletariado) y el retorno de lo reprimido. Proponemos la liberación real del lenguaje, puesto que nos proponemos situarlo en la práctica libre de toda traba. Rechazamos *toda autoridad*, lingüística o de otro tipo: sólo la vida real *autoriza* un sentido, y sólo la praxis lo verifica. La disputa sobre la realidad o la no-realidad del sentido de una palabra, aislada de la práctica, es una cuestión puramente escolástica. Colocamos nuestro diccionario en esta región libertaria que escapa aún al poder, pero que es su única heredera universal posible.

El lenguaje sigue siendo aún la mediación necesaria de la toma de conciencia del mundo de la alienación (Hegel diría: la alienación necesaria), el instrumento de la teoría radical que terminará por apoderarse de las masas, porque es la suya; y sólo entonces encontrará su verdad. Es primordial entonces que forjemos nuestro propio lenguaje, el lenguaje de la vida real, contra el lenguaje ideológico del poder, lugar de justificación de todas las categorías del viejo mundo. Debemos desde ahora impedir la falsificación de

nuestras teorías, su falsificación posible. Utilizamos conceptos determinados, ya utilizados por los especialistas, pero dándoles un nuevo contenido, volviéndolos contra las especializaciones que sustentan, y contra los futuros pensadores a sueldo que (como han hecho Claudel con Rimbaud y Klossowski con Sade) estarían tentados de proyectar su propia podredumbre sobre la teoría situacionista. Las futuras revoluciones deben inventar ellas mismas su propio lenguaje. Para reencontrar su verdad, los conceptos de la crítica radical serán reexaminados uno a uno: la palabra *alienación*, por ejemplo, uno de los conceptos-clave para la comprensión de la sociedad moderna, debe ser desinfectado después de haber pasado por la boca de un Axelos. Todas las palabras, servidoras como son del poder, están con éste en la misma relación que el proletariado y, como él, son instrumentos y agentes de la futura liberación. ¡Pobre Revel! No hay palabras prohibidas; en el lenguaje, como sucederá en todo lo demás, *todo está permitido*. Prohibirse el empleo de una palabra, es renunciar al empleo de un arma utilizada por nuestros adversarios.

Nuestro diccionario será una especie de clave con la que podrán descifrarse las informaciones, y desgarrar el velo ideológico que recubre la realidad. Daremos las traducciones posibles que permiten aprehender los diferentes aspectos de la sociedad del espectáculo, y mostrar cómo los más pequeños indicios (los más pequeños signos) contribuyen a mantenerla. Se trata de alguna forma de un diccionario bilingüe, porque cada palabra posee un sentido “ideológico” del poder y un sentido real, que creemos que corresponde a la vida real en la fase histórica actual. También podremos determinar a cada paso las distintas posiciones de las palabras en la guerra social. Si el problema de la ideología es saber cómo descender del cielo de las ideas al mundo real, nuestro diccionario será una contribución a la elaboración de la nueva teoría revolucionaria, en la que el problema es saber cómo pasar del lenguaje a la vida. La apropiación real de las palabras que *trabajan* no puede realizarse al margen de la apropiación del trabajo mismo. El establecimiento de la actividad creadora liberada será, al mismo tiempo, el establecimiento de la verdadera comunicación, finalmente liberada, y la transparencia de las relaciones humanas reemplazará a la pobreza de las palabras bajo el antiguo régimen de la opacidad. Las palabras no dejarán de *trabajar* mientras los hombres no hayan dejado de hacerlo.

NOTAS: